

Pedro Simón

Los siguientes



PEDRO SIMÓN
LOS SIGUIENTES



1

CARMEN

El primer día que tuve que limpiarle el culo a mi padre, me mentí diciéndome que era igual que cuando se lo limpiaba a mi hijo.

—Venga, Carmen, que es lo mismo; va, Carmen, que es tu padre; venga, mujer, que ese hombre te limpió el culo a ti.

Me lo repetía como quien está a punto de correr para darse impulso y saltar.

—Es lo mismo, Carmen. Hazlo ya.

Pero no. No es lo mismo.

Daba aquel salto y sentía que no hacía pie.

Todo el mundo se hace cargo de que sientas lástima cuando llega este momento, o incluso de que tengas un poco de miedo. Pero no está bien visto que una hija de cuarenta y muchos que trabaja como auxiliar de enfermería sienta algo de reparo con la mierda de su padre lo mismo que con las de los demás.

—¿Y no te da asco? —me pregunta Hugo, mi hijo.

—¿Cómo me va a dar asco, si es mi padre? —le miento.

Y después estrujo la esponja, y la escurro bien escurrida, y le sonrío a ese padre, y por mi boca escucha que

no sea tonto, que no pasa nada, que no se tape la cara con la mano como cuando jugaba conmigo al escondite.

—Por favor, papá, que soy tu hija, que tú me has limpiado mil veces, que tienes el culo más bonito de todo Carabanchel, ¿te acuerdas?, eso es lo que me decías tú: el más bonito. De todo Carabanchel.

Y le limpio con unas toallitas.

Y sonrío un poco y calla. La cara colorada, la mirada gacha, el padre niño.

A pesar de que le digo que quién mejor que su hija, a pesar de que le quito importancia, a pesar de que ya casi estamos terminando, mi padre siente una vergüenza infantil.

—Hala, ya está, arreando. Se pueden comer sopas en tu culo de lo limpio que te lo he dejado.

El padre niño empezó con la muerte de mamá. Si hoy me preguntaran que cuándo arrancó la cuenta atrás, diría que fue justo entonces. Fue morirse mamá hace ya ocho años y comenzar a hacerlo papá. Como si en el viejo dique se hubiese abierto una vía de agua y algo se resquebrajara sin remedio. Poco a poco. Rendija a rendija. Gota a gota. Chop-chop-chop. Gotas que iban haciendo gotera. Gotera que iba haciendo charco pequeño. Charco pequeño que iba haciendo charco grande. Así, hasta empantanarlo todo: su forma de manejarse en el día a día, la alimentación, la manera de vestirse, el aseo más básico, la memoria.

Nada más enviudar, probamos a ver si se apañaba solo. Aquella idea albergaba una trampa de osos a la que no era ajena: yo tenía tres bonitas papeletas para hacerme cargo de papá a distancia que mis hermanos no

tenían: vivía muy cerca de su piso, trabajaba con ancianos como nuestro padre, era mujer.

Pisé el cepo hasta lo más hondo. No me quejé. Qué iba a decir.

Los hijos sí que nos decíamos: nos decíamos no quiero ni imaginar lo que va a ser de papá si algún día falta mamá, este hombre no va a saber ni atarse los cordones, es que lo tiene como un marajá. Pues allí estaba delante de todos a los pocos meses de su muerte: en lo que se había convertido Antonio sin Olivia, cincuenta años de santo matrimonio, dos hijos, una hija (o sea yo), dos nietos.

Dejó hasta de leer, ese hombre que tragaba libros como si fueran polvorones dejó de abrirlos. Se quedó sin ventanas por las que asomarse.

Antonio sin Olivia un día era unos botones de la camisa mal abrochados y otro día era que salía a la calle en zapatillas de andar por casa porque —decía— le costaba ponerse los zapatos que antes le ayudaba a calzarse mamá. Antonio sin Olivia un día era el aliento delator, la barba mal afeitada, y otro día era una nevera sin las verduras que mi madre siempre se encargaba de aprovisionar. Antonio sin Olivia era una cocina mal limpiada por la mañana y, esa misma tarde, era aquella cocina vuelta a ensuciar.

Antonio sin Olivia, nada. Antonio menos Olivia = cero. Como una operación matemática dolorosa y cerril.

Primero fueron la espalda y el hombro. Luego fue la depresión con todo lo que llevaba ese hombre encima, una ficha de dominó empujando la siguiente. Más tarde vinieron los análisis de sangre con la mitad de los medi-

dores descontrolados. Después apareció la incontinen-
cia urinaria. Y desde que anda más despistado, los pri-
meros episodios (muy contados, menos mal) de
incontinencia fecal.

Hay dos formas de limpiar un culo. Si la persona que
se lo ha hecho todo encima está de pie o si esa misma
persona está tumbada. No me pregunten demasiado de
política internacional o de economía, pero pregúntenme
lo que quieran de dar de comer a ancianos sin dentadu-
ra. De bañarlos. De la dieta de un hipertenso. De cómo
evitar las escaras. De limpiar culos.

Si la persona está de pie —decía, tomen nota, habla
una catedrática—, siempre se hace de adelante hacia
atrás. Desde los genitales, pongamos, hacia la espalda, y
desde la espalda hacia los genitales, no sé si me explico,
haciendo una especie de pinza con las manos. Se rebo-
zan enteros. Hay que tener mucho cuidado con las mu-
jeres porque, si no, luego hay infecciones.

Conviene andarse sin tonterías. Hay gente que se ador-
na en la vida y las hay que nos dejamos de pamplinas.

Si la persona está tumbada, la pones de lado. Le qui-
tas el pañal sucio y la lavas. Si el empapador que le po-
nes se mancha, coges otro. Es igual que cuando cambias
a un bebé, vaya, solo que al bebé le levantabas las pier-
nas hacia arriba y al anciano lo giras a un lado.

La primera vez que me tocó hacerlo en el trabajo con
un paciente no sabía ni por dónde empezar. Era un
hombre con unos huevos colgando hasta las rodillas,
se había puesto perdidito entero y, por más que limpia-
ba, aquello no se acababa nunca. Yo estaba roja del
apuro y el señor no hacía más que decir lo siento, lo

siento, lo siento. Y yo: es que es mi primera vez, perdóneme usted. Y él: nada, hija, tú hazlo como puedas. Y yo: nada, nada, usted no se preocupe que esto es de lo más natural. Y él: ay, hija, qué apuro, ya no servimos para nada. Y yo: cómo no va a servir usted para nada, si está hecho un mozo. Y él: ay, hija, no sé qué haríamos sin vosotras.

No sé ni cuánto tardé, pero a mí se me hizo una eternidad.

Antes de trabajar con ancianos, lo hice siempre en la limpieza. Pero una cosa es limpiar una ventana, fregar un suelo, quitarle la grasa a un horno, dar lustre a una vitrocerámica. Y otra bien distinta es quitar los meados de una ingele, ahuyentar el olor a mierda, ver los restos marcharse por el sumidero antes de regar al viejito con Nenuco.

Tres años después de lograr mi contrato indefinido en la residencia, lo hago de un modo automático, sencillo, profesional. Mi compañero Nacho bromea con que es como cuando Fernando Alonso entra al *pit lane* a repostar y a que le cambien los neumáticos. Yo no sé lo que es el *pit lane*, pero él me lo explica gesticulando mucho.

—Cogen el coche entre varios y fium: listo —dice—. Pues nosotros igual, solo que el fórmula uno es el viejito y tú y yo somos los mecánicos.

Siempre uso guantes, esponjas jabonosas a tutiplén, papel secante para que no le quede el culo húmedo, cariño a espuelas. En cinco minutos, está limpio y vestido. Luego viene lo mejor para mí. Nos dicen: «La guerra que os damos». «Muchas gracias, guapa». «Os tenéis el

cielo ganado»... Y yo no te digo que esas palabras me suenen como un aplauso del que recoge un Nobel, que tampoco hay que pasarse. Pero sí que, justo en ese momento en que les veo sonreír aliviados, justo cuando les echas un poco de colonia y les pasas la mano por la mejilla nada más terminar, te das cuenta de lo que vales, de que la vida sería peor sin gente como tú, Carmen. Te das cuenta de que un científico o un abogado pueden valer muchísimo, pero tú también. De que un profesor de Historia sabrá la leche de la Revolución francesa o de la Segunda Guerra Mundial, pero que no hay nada tan valioso como alguien que te hace sentir limpio.

Claro que hay dos formas de limpiar un culo, decía.

Los que se ensucian estando tumbados y los que lo hacen estando de pie.

Y luego está una tercera: si ese culo sucio es el de tu padre.

Hoy, Hugo, nada más llegar del colegio, me ha pedido una PlayStation para su futuro cumpleaños. No sabe lo que vale una Play. No sabe lo que gana su madre. No sabe que su padre nunca nos pasa dinero. La Play. La pantalla de la Play en la que anda su abuelo. De esa Play le hablaría, pero no soy tan bestia como para hacerlo: Hugo, en la vida hay una bonita pantalla de la Play que te pasas cuando le limpias el culo a tu bebé, y luego hay otra bien fea que te toca cuando tienes delante la mierda del que te la limpió a ti.

Y en esas andamos, hijo.

Qué te diría.

Ver desnudo a tu padre anciano es ver el cuerpo del niño que serás, del niño de arrugas y canas y carnes flá-

cidas en que te acabarás convirtiendo. Lo sé por mi trabajo en la residencia, Hugo, hijo. Lo sé porque siempre es así. Porque los he visto en la 101, y en la 102, y en la 103, y en la 104... Lo sé porque tengo a tu abuelo desnudo delante de mí.

Así es, Hugo, me dan ganas de decirle al hijo mientras sonrío a mi padre y le pido que no llore (anda, bobo, no llores, si tú me limpiaste el culo a mí): empezamos la vida cagándonos encima y la terminamos de la misma manera.

Pero en vez de decirle esa salvajada, callo.

O le miento.

—¿Pero no te da ni un poco de asco, mamá?

—¿Cómo me va a dar asco, hijo, si es mi padre?

* * *

A veces me descubro observándoles en silencio y no veo a un abuelo con su nieto. Sino a dos niños.

Dos niños jugando a las cartas en el sofá, o paseando de la mano por el barrio, o viendo un partido de fútbol por televisión, o leyendo juntos un volumen de *Elige tu propia aventura* como dos compañeros de pupitre. Dos niños: uno de ocho años y otro de ochenta y ocho.

Todo lo que no pudo disfrutar mi madre de su nieto lo fue disfrutando mi padre. Mamá falleció a los meses de nacer Hugo. Al principio, papá era un no parar de penas. Primero fue el accidente. Luego la muerte de mamá. Aquello fue demasiado en poco tiempo y el médico le subió las dosis de Lexatin y de Orfidal. Solo salía de casa si yo, que era la que más cerca vivía de él, le insistía mu-

cho. Y una tarde, cuando le pedí a propósito que se quedara pendiente del bebé desnudo en el cambiador mientras iba a por una crema, se sacó de la chistera una de esas sonrisas socarronas suyas que yo no le había vuelto a ver desde mucho antes de la muerte de mamá.

—¡Coño, pero si tiene el lunar de la rabadilla de los Prieto! —dijo—. Hay que joderse.

Y se llevó las manos a la hebilla del cinturón, y se lo desabrochó, y se bajó un poco los pantalones por detrás —solo un poco— como no dando crédito, asomando la parte de arriba de las nalgas, como cuando yo tenía que ponerle las inyecciones del asma y él prefería recibir las banderillas de pie, eso decía: un hombre al que su hija le ve el culo es un hombre perdido.

—Hazme una foto con el móvil del lunar, anda, hija, que quiero verlo.

Le hice la foto entre risas. Comparamos. Los lunares no se parecían demasiado, pero allí estaban los dos, más o menos en el mismo sitio, más o menos ovalados, más o menos oscuros.

Era la primera vez que le veía reírse de verdad en un año. Igual que cuando nosotros éramos niños, él tosía y tosía de la risa que le daba y, mirando a mamá nada más recuperarse del atracón de felicidad, decía que tenía que dejar de fumar.

Aquello del lunar debió de ser como un calambre, como una llamada de la sangre, como si un viejo tam-tam le reclamara. Porque desde entonces comenzó a venir más a menudo a mi casa. Antonio menos Olivia = cero, no. Antonio menos Olivia = tres o cuatro. Algo es algo.

—Vamos a veeer, vamos a veeer... —decía nada más entrar por la puerta—. A ver ese gordito mío, que me lo como.

Y entonces me ayudaba a bañarlo o a darle la papilla y luego, antes de acostarlo, se ponía a hacerle pedorretas en la tripa a Hugo. Y le cogía los dedos uno a uno y, en medio de un ligero aliento a anís, le iba diciendo: este fue a por leña, este la partió, este compró un huevo, este lo frio, y este, que es el más gordo, se lo comió.

Y al final, cuando nos dejaba para ir a su casa a cenar solo (eso decía), yo sé que sostenía la sonrisa hasta que entraba en el ascensor; que saludaba con la mano mientras se cerraba la puerta; y que, justo después, se giraba para quedarse solo ante el espejo. Entonces —ya sí—, se miraba y veía a mi madre muerta. Todo lo que le pasó a mi padre en aquellos meses de mierda y que ya no tenía remedio.

* * *

Mi vecina se lo cruzaba a menudo en el portal cuando regresaba del trabajo.

—Pobre tu padre, anda que no lo debe de estar pasando mal, el hombre.

—Bueno, chica, lo normal, ya sabes.

—Es que como le he visto varias veces salir del ascensor secándose las lágrimas con el pañuelo...

Era un pañuelo gris, desgastado por el uso, al que mamá le había bordado sus iniciales en negro. La primera vez que le vi utilizarlo fue por culpa de Ramón, que al poco de nacer Hugo se fue a Lloret de Mar con

una cubana, y hasta hoy. Yo era la niña de mi padre. Su Lagartija, decía. La simple posibilidad de que su única hija no siguiese siendo aquella chica asilvestrada que no paraba de reír junto a él le hirió en lo más profundo. Siempre relacioné aquel pañuelo con la ruptura.

La muerte de mamá a los meses de nacer Hugo fue la puntilla. A papá se le cayeron encima el tiempo y el silencio. Le sobraban minutos a sus horas. Le faltaban ruidos a su casa. Le faltaba discutir un poco con ella, y hablar de los hijos, y embromarla llamándola mamá gallina y hacerle luego clo-clo-clo con las manos bajo las axilas como él le hacía, y abrirle un tarro de cristal, porque mi madre le pedía cosas para que papá se siguiera sintiendo fuerte, cosas como acercarle algo que estaba arriba en la estantería y que ella no alcanzaba, cosas como probar la salsa de mamá para ver si estaba rica.

—A ver, Antonio, prueba y dime cómo está.

—Le falta sal.

—Pues mira, eso es lo que menos falta te hace a ti: la sal.

—Mujer, vas a ser la más sana del cementerio.

Siempre contaba aquella conversación papá. Siempre la contaba y luego decía, enarcando las cejas: y ya ves, hija, se murió ella antes que yo, y eso que tenía diez años menos. Se quedaba entonces callado, asintiendo, dando un suspiro de vez en cuando, repitiendo la frase, sobando el pañuelo.

Y después decía algo del lunar y de las manchas y de mamá y de la culpa que yo no entendía.

No solo es que no supiera qué hacer sin mi madre, es que —sin ella— no le veía sentido a casi nada. Le falta-

ban sus objetos, sus revistas manoseadas, los ovillos de lana que dejaba por ahí, la tibieza de su cuerpo al lado de la cama. Y había días —le conozco— en que debía de tenerle miedo a la muerte y días en que debía de sentirse culpable de estar vivo habiendo tragado muchísima más sal que mamá.

Nos hizo jurar que —pasara lo que pasara— jamás venderíamos ni alquilaríamos esa casa que fue de los dos y en la que todavía resistía. Que no la mancharíamos con la idea de sacarle un rendimiento. Que esa vivienda de la que escapaba porque le recordaba lo que más quería se quedaría como él, hueca por dentro.

Por eso huía muy temprano de aquella estancia demasiado vacía. Pasearía por el parque, se sentaría en bancos, vagaría por los bares, qué sé yo. Porque para él, sin mi madre, estaba todo más que hecho antes de que amaneciera. Eran las seis de la madrugada y había días en que ya estaba vestido y desayunado y le daba por irse a caminar. En aquellos primeros meses de la pérdida, él no veía nada más que muerte en el cuartito de estar. En la cocina. En su mesilla. En su lado de la almohada. En el armario donde guardaba su poleo y su manzanilla. En su sillón orejero. En la vieja máquina de coser. Cada vez que abría un tarro de cristal. Cada vez que tenía delante una salsa y él pensaba en que le faltaba sal. Cada vez que se sentaba frente a ese televisor que no soportaba, porque —sin su Olivia— ni los canales sabía sintonizar.

Por eso escapaba antes de que saliera el sol. Porque para él aquella casa que compartieron durante medio siglo era como un ataúd de cincuenta y cuatro metros cua-

drados. Con su nevera, con su horno, con su calefacción, con sus dos habitaciones, con el ganchillo que mamá tenía distribuido a diestro y siniestro, con esa enciclopedia Salvat —orgullo de clase— que compraron pensando en los hijos, con su colección de vídeos del periódico atiborrando el mueble de pino. Pero un ataúd al fin y al cabo, uno donde solo había una muerta que estaba en todas partes y un viejo amor que no estaba en ningún lado.

Por eso se cruzaba a veces con mi vecina.

Las farolas todavía encendidas. La línea del horizonte llameando. Cuarentones corriendo con los auriculares puestos. Gente que va a trabajar. Y un señor mayor allí, paseando bien abrigado y con un transistor con el volumen alto.

—Anda tu padre que no madruga el hombre.

—¿Y eso?

—A las siete menos cuarto estaba el otro día por el parque. Ya le dije: pero si no están puestas las calles, Antonio. Y él: ya, hija, pero es que se me cae la casa encima.

La casa. El pelo. La esquinita de los labios. Los pantalones. Hasta los hombros tenía más caídos.

Yo lo veía entrar por la puerta después del paseo y lo descubría cada vez más delgado. Siempre llevaba servilletas de papel en los bolsillos del pantalón o de la camisa, manías de viejo. Aprovechaba el fugaz intercambio de besos para fiscalizar su aliento. Venía a menudo a las ocho o a las nueve con unos churros. O algo más tarde, en torno al mediodía, sin nada más que dos manos sarmentosas que no paraba de frotarse, igual que cuando esperas buenas cartas. Y se sentaba allí, en un extremo del sofá, como un pajarito, no pedía nada, me decía: hija,

por mí no dejes de hacer tus cosas, tú a lo tuyo, haz lo que tengas que hacer, que yo no te estorbo, y se quedaba callado sin quitarse la ropa de abrigo, escurrido, las gafas tan al borde de la punta de nariz que yo me decía: se le caen, se le van a caer, ya verás como se le caen. Esperando a que su nieto se despertara de la siesta mañanera para ver cómo su hija le daba el pecho. Solo para eso. Con eso ya le valía. Con eso ya le cambiaba la cara.

—¿Y tú estás bien, tesoro?

—Un poco cansada, pero muy contenta. ¿Y tú?

—Yo muy bien, hija —me mentía—. Tengo de todo —volvía a mentir—. No me aburro —tercera mentira—. No me falta de nada —exageraba—. De qué se va a quejar uno —se me ocurrían varias cosas—. Estoy como un príncipe —decía, se subía las gafas a su sitio, y sonreía como en un anuncio de dentífrico para que yo le viera—. Yo siempre muy bien.

Por más que le decía que teníamos que ir a que se comprase ropa, nada. Una tarde vino con dos zapatos distintos. Se lo dije, me contestó que no se había dado cuenta. Luego, como si recordara algo, me preguntó si tenía noticias de Gabriel, que Gabriel nunca le llamaba, que Gabriel debía de seguir enfadado, que Gabriel esto y que Gabriel lo otro.

Su hijo mayor le ponía triste. Bastaba con que, en medio de cualquier conversación, citaras su nombre para convocar el nubarrón. Un nubarrón que a mí me recordaba a esa escena de *La pantera rosa* en la que el felino era perseguido por una tormenta oscura en forma de única nube. Una tormenta obsesionada y exclusiva que solo descargaba sobre la cabeza de papá.

Hasta que después descubrió aquel lunar de los Prieto, y yo juraría —ya ves qué bobada— que fue en ese momento cuando empezamos a remontar. Y poco a poco fue volviendo a su rutina y a sus libros. A sus ganas de vivir y a su nieto.

Dicen que no hay nieto favorito, pero está claro que sí. Lo mismo que hay un hijo que nos cae mejor que el otro. Lo mismo que nos da un poco de asco la mierda, sea del vecino del quinto o sea de tu padre.

A Hugo le ha permitido cosas que jamás le consintió a ninguno de sus tres hijos: un día llegué a casa y mi padre le había dejado que le pintara la cara entera con rotuladores. Abrí, vi el panorama, me llevé la mano a la boca, los dos se reían: Hugo entusiasmado con un rotulador en la mano y sentado sobre mi padre, que estaba tumbado sobre la alfombra y tenía la cara colorada como un borracho, desinhibido. Igual que uno de esos payasos que, de tan alegres, nos ponen tristes.

—Y si te tocan las pelotas en el colegio, hijo, enséñales el lunar de los Prieto.

* * *

Solo ha pasado medio año desde que nos repartimos a papá lo mismo que si fuera una de esas multipropiedades de la playa a las que el mar le arranca la pintura cada invierno.

Solo ha pasado medio año y el barquito hace aguas.

Mi hermano Gabriel —al que se le ha hecho bola su trozo de filete— quiere que los tres hermanos nos juntemos para hablar.

Así lo ha escrito en el grupo de WhatsApp que compartimos: para hablar.

Pero Darío y yo sabemos a lo que se refiere: lo que en realidad quiere decir es qué hacemos con papá, qué hace él.

Si hubiese sido por Gabriel, el mayor, le habríamos llevado a la residencia más pija. Si hubiese sido por el mediano, Darío, le habríamos seguido dejando solo en casa. Así que me dijeron poco menos que desempatará yo, que decidiera la niña, como todavía dice mi padre. Que yo todo, que yo siempre, que yo tonta del bote. Les faltó decirme: total, Carmencita, si el marrón te lo vas a acabar comiendo tú.

Por eso dije que dos meses con cada uno. Flexibles, claro. Repartiéndonos a papá en vacaciones cada año. No tomándonos el asunto como si fuera un problema —me puse filósofa—, porque papá siempre fue una solución. No comportándonos como hemos visto que hacen en otras familias: que parecen que les estorban el padre o la madre. No. Nosotros no.

Nosotros pasaríamos cada uno un tercio del año con papá. Estaríamos disponibles para compartir nuestras vidas con la suya. Nos iríamos amoldando a las necesidades de los otros: si Gabriel tenía una estancia de trabajo en el extranjero (imaginemos); si yo me quería ir de viaje con mi amiga Sonia (pongamos); o si Darío tenía alguna pareja estable en casa durante ese tiempo (bastante poco posible), otro cogería el relevo con normalidad. Era papá, por favor. No una mudanza.

Ese era más o menos el catecismo escrito en el grupo de WhatsApp. Ese era más o menos el trato: dos meses.

¿Dos meses os parece bien?

Vale —escribió Darío.

¿Pero qué dos meses? —quiso saber Gabriel.

¿Y quién empieza? —tecleó luego.

Si queréis empiezo yo —me ofrecí—. No tengo ningún problema.

Como veas —leí del uno.

Como veas —leí del otro.

Dos meses —volví a escribir.

Y luego Gabriel —no lo recuerdo— se despediría del grupo seguramente con un buenas noches. Y Darío lo haría con una animación de esas ridículas. Y yo, que siempre fui un poco el promedio entre las dos formas de ser, casi seguro que pondría un emoticono.

Ahora, Gabriel dice que hay que hablar porque no puede más, con esos modales que gasta de hermano mayor. Pero esta vez lo que en realidad quiere decirnos es que quiere hablar él: que va a estar yendo y viniendo otra vez a Alemania durante dos años por un contrato que le ha salido en la empresa. Que lo mismo está un mes fuera. Que la interna que está en casa bastante tiene con Hernán. Que lo puede intentar, pero que no sabe si podrá hacerse cargo de papá.

Lo que en el fondo quiere decirnos Gabriel —el nubarrón de Gabriel— con la frase: «Qué hacemos con papá» es la frase: «Qué vais a hacer vosotros dos con papá si yo estoy en Múnich».

O mejor todavía: «Qué vas a hacer tú, Carmencita».

—Hija, dime una cosa, ¿sabes algo de tu hermano Gabriel?

* * *

Cuando papá y mamá estaban vivos, los teníamos menos contemplados. Sabíamos que se tenían el uno al otro, que no estaban solos, que se encontraban sanos, y con esa excusa les hacíamos menos caso, estábamos menos pendientes, nos sentíamos menos obligados. Pero fue morir de repente mamá y comenzar otra etapa.

Supe lo que era la vida ese día en que mi madre se fue para siempre. Mamá acababa de morir y en la calle todo seguía sucediendo como si nada. Los coches se detenían ante los semáforos en rojo, un camarero tatuado servía unos cafés en una terraza, unos niños reían. Y eso que mi madre se acababa de marchar. ¿Pueden creerlo?

Yo miraba todo aquello entre la pena y la extrañeza, entre la indignación y la revelación de algo nuevo. Y me bastó un minuto para comprender que la vida era eso que no se para jamás ante la muerte. Eso que no hace duelo. Ni llora. Ni espera un responso. Ni se pone corbata ni traje negro por mucho que haya fallecido tu madre. Eso era la vida: mamá se acababa de morir, mi hijo tenía unos meses y dos niñas se abrazaban entre risas en la calle gritando gol.

Hablé más con mis hermanos aquel día y medio en el tanatorio que en los últimos cinco años. Esto es algo que podrían suscribir muchos de mi generación.

Ahora somos los que miramos el ataúd desde el cristal. Los que damos el pésame; los que ponemos diez euros para la corona de flores que pagamos a escote cuando se le muere la madre a una compañera del trabajo; somos los que vamos a acompañar en el dolor ajeno lo mismo que vinieron o vendrán a acompañarnos en el nuestro; los que un día, por primera vez en nuestra vida,

tenemos que escoger un tanatorio, una caja de madera, unas letras doradas o plateadas en el féretro, que al muerto se le vea la cara o no; somos los que ya vamos enterrando a los primeros amigos, los que volvemos a casa después del entierro con propósito de enmienda, los que le vemos las orejas al lobo. Un lobo sin la mitad de los dientes ya. Con el pelo raído por las calvas. Que nos aguarda a lo lejos.

Nunca me olvidaré del primer velatorio. Fue cuando murió nuestro abuelo Pedro. La abuela María quiso que la despedida fuera en casa y aquel piso que era tirando a normalito se fue llenando de mis tíos, de mis primos, de vecinos, de compañeros del colegio en el que mi abuelo fue director, de personas del barrio que le debían favores. Hasta que la casa acabó pareciéndose a uno de esos autobuses a los que llevas esperando mucho rato y luego no paran porque no cabe ni un alfiler. Había gente en el cuarto de estar, en el salón, en la cocina, en el pasillo. La casa olía a colonia, a sudor y a tabaco. Yo solo había visto tanto humo en un bar, solo que entre caras de alegría y no entre caras de pena. La gente bisbiseaba como las beatas en el rosario. Algunos estaban tristes de verdad y otros se lo hacían. Muchos me tocaban la cabeza cuando pasaban. Y me decían cosas como ya puedes ayudar a tu madre o pobrecita o cuánto has crecido.

Nosotros vivíamos muy cerca. Por eso fuimos los primeros. Cuando llegamos los cinco, no estaba más que la abuela María, la madre de mi madre: lloraba sentada en una banqueta, con las gafas en una mano y un pañuelo arrugado en la otra.

Recuerdo su olor rancio, cómo abrió las ventanas mamá y cómo corrió las cortinas. Los pies fríos del abuelo en su dormitorio aquella mañana. El tacto suave de mármol que era su piel. En un momento dado, mamá se le acercó y le puso la mano en la mejilla. Sus tres hijos nos sentamos también en la cama, cada uno en una esquina. Entonces imitamos a mi madre y le fuimos tocando. Las manos. Los pies. La cara. Yo le acariciaba el pie izquierdo. Mamá, papá y Gabriel lloraban de verdad. Darío le tocaba el pie derecho, y me miraba por el rabillo del ojo, y hacía como que lloraba. Y a mí no me entraban las ganas por más que lo intentaba.

Hoy los velatorios son distintos. La familia paga más que en un viaje al Caribe. La gente hace chistes cuando no hay un familiar del difunto cerca. Te ponen hasta bollitos y café. Unos se pasan las horas en el bar bebiendo cervezas como si fuera un partido de la Champions y no un funeral.

No dejan que las niñas toquen los pies de sus muertos.

La primera muerte familiar que recuerdo fue la del abuelo Pedro y la última fue la de mamá.

Qué diferente todo. Fue morirle mamá al poco de nacer sus nietos y arracimarnos cada uno a su manera con papá en el tanatorio de San Isidro. Eligió el tanatorio de San Isidro —decía— porque desde allí se veía el Calderón.

Permanecemos unidos treinta y seis horas más o menos. Unidos casi como antes, digo. Y ese casi que rompía con lo que habría sido deseable era Gabriel.

Luego, una vez incinerado el cuerpo de mamá, todos teníamos prisa.

Ya hablaremos, dices.

Ya te llamo, contestan.

Mucho ánimo, sueltas.

Descansad, escuchas.

Pero lo único que estás deseando es llegar a casa y quitarte los zapatos. Dejar la muerte atrás y —como esos peces que se devuelven al agua *in extremis* cuando ya casi ni respiran— regresar a la vida. Tomar aire. Ducharte y restregarte bien para que se te desprege la muerte de la piel. La muerte, que es como una epidemia a partir de una edad. La muerte de un anciano, que cuando eres niña no logras que te entren las ganas de llorar y que cuando tienes más de cincuenta —y los ves irse— no consigues que se quiten.

Creo que fue la última vez que estuvimos a la altura de lo que habría querido mamá. La última vez que parecimos hermanos. Mamá era el pegamento universal, nuestro Loctite le decía yo. Si mañana era el cumpleaños de un hijo, nos llamaba a los otros dos para que no nos olvidáramos. Si uno tenía una prueba médica, advertía al resto para que preguntáramos. Si coincidíamos en una comida y la conversación iba por donde no debía, ella cambiaba de tema con prudencia. Si uno de nosotros insinuaba la más mínima crítica hacia alguno de sus hijos a sus espaldas, ella zanjaba de golpe el asunto.

Luego se fue mamá y adiós pegamento. Adiós pegamento, y eso que allí estaba el jarrón roto en mil pedazos que era papá. Adiós pegamento y eso que el Loctite hacía más falta que nunca. Adiós pegamento y adiós a felicitar a tiempo un cumpleaños, a vernos al menos un fin de semana al mes, a callarnos las cosas antes de que estallen contra el suelo.

* * *

—Papá, pídemelo.

—Es que pensé que me daba tiempo a llegar.

—Bueno, hombre, pero la próxima vez me lo pides.

—Perdóname, hija.

—No pasa nada. A la próxima me lo dices y a ver si llegamos a tiempo.

Otra cosa en la que se parece un anciano a un niño es en que llega un momento en que baja los escalones de golpe. No digo de uno en uno. Sino de dos en dos o de tres en tres. Solo que el niño lo hace cuando ya es un ser humano coordinado y se atreve a dar esos saltos de gacela (esa imagen del chaval agarrado a la barandilla y bajando que se las pela), y el anciano lo hace cuando la decadencia hace presa de él.

Amanece una mañana, pasa cualquier cosa y allí está el salto inaugural de la nueva etapa en la que entras: tu padre ha bajado cuatro escalones de golpe. Lo mismo que un niño, solo que de otro modo.

Cuando ves a tu hijo dar esos saltos veloces escaleras abajo, te da miedo. Cuando llega el día y tu padre empieza a hacer lo mismo titubeante (bajar varios escalones, solo que asustado, desorientado, perdido), te da pena. Porque al primero le puedes gritar que pare. Pero al segundo solo puedes ir a cogerle del brazo para acompañarle despacito. No te caigas, papá. Agárrate, bien. Anda, cógete de mí. Ten cuidado donde pones el pie. No hay prisa, papá. Tú no te preocupes.

Ocurrió hace una semana. Hugo me preguntó muy serio que si él, cuando sea mayor, me va a tener que lim-

piar el culo a mí. Le dije que no, que ni se le ocurra, que le corto las manos. Y se las cogí muy sonriente y le golpeé una contra la otra, como si fueran los platillos de una orquesta.

Entonces, bastante más aliviado, quiso saber por qué yo sí lo hago.

—¿Cómo dices?

—Eso. Que si me dices que no dejarías que tu hijo te limpiara el culo, ¿por qué se lo limpias tú al abuelo? A ver.

Me puse a toser. Varias veces. Dándome golpecitos en el pecho. Como si se me hubiera metido una miga en la garganta. Pero no era una miga. Solo era una forma de buscar una tregua, de darme unos segundos más de tiempo, de pensar una respuesta.

Porque no se me ocurría nada qué decirle.

Así que le solté que nadie te obliga a limpiarle el culo a tu padre, pero que tampoco está prohibido hacerlo.

Entonces Hugo frunció el ceño. Estiró la comisura de los labios hacia abajo. Se encogió de hombros. Botó el balón de goma que tenía bajo el brazo un par de veces y me dijo sonriendo.

—Pues conmigo no cuentas, eh.

Después se giró y se fue pasillo adelante. Iba silbando hasta que hubo un ruido y dejó de hacerlo. Se paró. Escuché caer la pelota. Un bote. Dos. Tres. Cuatro. Con esa cadencia cada vez más corta de las pelotas que a uno se le caen de entre las manos y van botando solas hasta quedar paradas.

Hugo acaba de ver a su abuelo en el suelo. Hugo tiene delante el cuerpo tendido de su abuelo y mucha san-

gre. Hugo y el abuelo que acaba de bajar dos escalones de golpe. Hugo está aprendiendo mucho en estos dos meses.

Papá no recordaba nada. El médico dijo que el desvanecimiento era por la baja tensión. Por la postura en que lo encontramos, debió de golpearse con el borde de la mesilla. El corte era tan aparatoso que tenía la cara llena de sangre.

—¿Se va a morir el abuelo?

Y yo le dije una estupidez que no me perdonaré jamás.

—El abuelo no se va a morir.

Porque claro que se morirá, hijo.

* * *

Con escenas así, el abuelo es cada vez más niño y Hugo es cada vez más viejo.

De joven, se parecía a un actor de los guapos. Me leía el *Quijote* con su voz de presentador de radio. Yo decía que me iba a casar con él y sentía celos de mi madre.

Hay fotos de él en bañador, con los brazos en jarras, el pantano al fondo y una manta en el suelo con merienda y bota de vino. El torso iluminado por el sol de la tarde. El pelo mojado y hacia atrás. Sonriendo con una dentadura perfecta. No debe de tener más de veinticinco años.

Hoy el tiempo se ha cobrado su presa. Y aquella estampa en sepia es una foto arrugada.

Una cosa es el cuerpo desnudo de un anciano desconocido y otra cosa es ver a tu padre como a un niño en

ruinas y una brecha en la cabeza. Porque venimos sin ropa y sin ropa nos vamos, Hugo. Esa intemperie de carne y de huesos somos. Esa cicatriz y ese vello púbico blanco y esas tetas escurridas, ordeñadas, saqueadas por los siglos de los siglos amén.

Viendo lo que veo en la residencia, pienso que todas las muertes hablan de nosotros. Pero todas las vidas, no. Hablan las muertes porque morir es un instante, ese suspiro final. El último aliento del infarto de miocardio, del ictus, del tumor, de la larga enfermedad. Una de esas muertes será. Pero las vidas no hablan de mí, decía. No tiene nada que ver la vida de marajá del de la 107, que hasta avioneta y yate tenía (o eso dice), con la vida del de la 116, que nunca salió de su pueblo. No tiene nada que ver la vida de la de la 111, que tuvo un amor eterno y tres hijos, con la de la 113, que sigue odiando a todo dios.

Las vidas no se parecen. Se parecen las muertes. Y eso es lo que da miedo, me gustaría decirle a veces a Hugo, pero creo que todavía no tiene edad.

Da miedo cuando te preguntas: ¿será así la mía? ¿Moriré como mamá? ¿O lo haré como ese cuerpo envuelto en la manta térmica de la carretera? ¿O me iré como esta señora a la que le hago el embozo de la cama? De vieja. De su misma enfermedad. Sola.

* * *

Con mi padre no me pongo guantes, no me da la real gana de ponérmelos. Porque mi padre no está infectado, ni tiene la lepra, ni se merece que me vea ponérmelos como si me fuera a contagiar. Porque mi padre no se po-

nía guantes conmigo cuando me limpiaba y me decía que tenía el culo más bonito de Carabanchel. Porque mi padre se reía mucho y era todo felicidad con los brazos abiertos al final de la escalera, cuando yo bajaba los escalones de dos en dos o de tres en tres haciendo la salvaje.

Por eso no me pongo guantes. Porque yo quería ser como él. Porque con los guantes puestos te limpias peor la humedad de la cara.

Ahora estoy usando la esponja jabonosa.

Ahora la mojo un poco y sigo.

Ahora lo giro con mucho cuidado.

Ahora tengo a mano el papel secante.

A veces queríamos que la vida fuera otra cosa.

Pero tengo delante de mí el lunar de mi padre.

¿Otra vez con los remilgos? Venga, hombre, que no tardo nada. No seas bobo. Si estoy yo cansada de ver culos, papá, no me fastidies... ¿Ves qué bien? ¿Ves cómo no duele?... Pero si mamá no está, qué iba a decir mamá, pues nada, diría que tan ricamente que te limpie tu hija y no alguien que no te conoce de nada, ¿no?... No llores, papá. Por favor, no llores, anda... Tú no te preocupes, que también son tus hijos y no pasa nada, está todo hablado y requetehablado y no vas a molestar, qué vas a molestar ni molestar ni niño muerto, solo faltaría...

Luego cena leche con pan que ha desmigado con paciencia en el tazón. Ve un rato la televisión junto a Hugo. Me dice que el esquijama es muy calentito. Sin dentadura parece muchísimo mayor, un medio muerto. Y también parece un pajarico de ojos muy abiertos que acabara de caerse de un nido.

Darío viene mañana a mediodía a llevarse a papá.